

# CORPUS DE LA ANTIGUA LÍRICA POPULAR HISPÁNICA (SIGLOS XV A XVII)

DE MARGIT FRENK

POR GUILLERMO SHERIDAN

• Nueva biblioteca de erudición y crítica, Editorial Castalia, Madrid, 1967, 1300 pp.

A ESTE TOMO, inolvidable por su sola presencia, han venido a dar dos mil trescientos ochenta y tres poemas que constituyen el acervo más completo de la lírica popular hispánica de los siglos de oro, exhaustiva y sabiamente ubicados, cruzados, referidos y comparados por Margit Frenk, hoy por hoy la más cumplida especialista de la materia en nuestro ámbito.

Y digo que han venido a dar porque, sin desdoro de la ardua y prolongada tarea de su recopiladora (más de veinte años), se antoja que esta *summa* de cantarcillos, canciones, romances, estribillos y refranes olvidados en documentos añejos y postergados en la polimorfa agitación de los archivos y bibliotecas, han tenido la fuerza otorgada por una verdad más alta que la de la erudición y la academia (pero que sin ellas sería imposible) para culminar en estas páginas abundantes: la fuerza de la lírica integral y genitora que un pueblo convierte en recurso cotidiano de su fe y de su trabajo, de su solaz y de su deseo, de su realidad y de sus sueños; la fuerza de sus percepciones y voliciones, la de su humor y su ternura, la de sus principios y prejuicios, la de su moral y sus apetitos, para otorgarle el contagio superior de su íntimo aliento, la responsabilidad y la tarea de contener su identidad misma, su cifra y su perfil, a la imperecedera impronta de su nacionalidad.

Esa es la razón que autoriza decir que este *Corpus*, antes que la recopilación de la dispersa pedacería de la lírica hispánica, es la orgánica reunión de un espíritu que, disperso en la materia de los folios y documentos, se preserva unido en las más interiores reservas de la conciencia de la lengua, es decir, del ser hispánico, cuyo mapa espiritual es hoy más amplio y más preciso gracias a esta obra.

Más que una recopilación de lírica antigua, el *Corpus* es un concilio necesario entre la práctica de nuestra identidad hispánica de hoy y el período cenital en el que esa identidad se volcó, en el regocijo de su apogeo histórico, en artes y letras superiores que, como este *Corpus* demuestra, debieron mucho de sus esplendores al sólido contexto de la cultura popular.

El *Corpus* es un viaje delicioso e intensísimo hacia los orígenes de aquello que Juan Ramón Jiménez alguna vez llamó, en un ensayo sobre el romance, el río esencial de la lengua: el de la poesía: "río de agua de la tierra, río de agua que es, a su vez, como un río de la sangre de nuestra carne, nuestro barro; el río de esta sangre que respiramos del mar y el aire y la echamos, con el ritmo del corazón y del pulmón nuestros, al aire de la tierra y del mar."

Si la doctora Frenk, en *Lírica hispánica de tipo popular* (UNAM, 1962) nos había conducido a los veneros mismos de ese río que comenzaba a manar entre la roca de la heredad latina y el imperio mozárabe y abría ese pequeño cauce de intensidad entre las riberas de la *jarcha* y el *zejel*, con el *Corpus* rehabilita ese momento en la vida del río en el que las aguas nutritivas de lo popular y las beneficiadas aguas de lo culto todavía se confunden y corren en capas simultáneas como en el mágico río inventado por Edgar Poe. ¡Y qué experiencia gratificante la de sumergirse en esta poesía en la que lo mismo respira la ocurrencia del trovador que la sabiduría del clérigo, la rima plebea de la campirana que el aliento burlesco del soldado! ¡Qué deleite nos arroja al percibir los ecos que ese acervo ha dejado en nuestros clásicos antiguos y modernos! ¡Qué placer el de asechar este catálogo inmejorable de personajes, de visiones perfectas de la naturaleza,

de percepción sensual y picardía sexual, o de purísima sabiduría, como en este ejemplo que conjuga, además, una inventiva formal deliciosa:

Bullí, bullí, zarabullí,  
que si me gané, que si me perdí,  
que si es, si no es, si no soy, si no fui,  
por acá, por allá, por aquí, por allí!

¿Cómo ilustrar lo que se pregonaba en tan poco espacio? La dificultad de elegir cualquier gota sobre otra en cauce tan nutrido se me antoja insalvable. Sobre todo si se trata de un cauce temáticamente tan vasto. Frenk ha catalogado sus hallazgos en doce grandes apartados temáticos que se subdividen, a su vez, en grandes cuerpos de subtemas y variantes. Así, por ejemplo, del grupo 43, "¡Mal haya quien se enamora!", que pertenece a la parte DESAMOR de la primera sección, AMOR GOZOSO, se podría destacar el número 717B:

Yo sé a quién  
de amores le fue muy bien,  
yo sé a cual  
de amores le fue muy mal.

O este par de endecasílabos (IX. Juegos de amor, núm. 1741):

Seis reales dan por el tordo de Juana:  
seis por el pico y seis por la lana...

O esta hermosa cuarteta (VI. Fiestas, núm. 1389B):

Mira que te mira Dios,  
mira que te está mirando,  
mira que te has de morir,  
mira que no sabes cuándo.

El aparato crítico es pasmoso. Cada una de estas pequeñas joyas descansa

sobre la página como sobre un terciopelo de referencias, anotaciones, guarismos y variantes que, supongo, serán la delicia de especialistas y profesores. Yo me limité a seguir, dentro de ese aparato, el empeño que tuvo la doctora Frenk en detectar la manera en la que estos breves poemas (aunque no todos lo son) se incorporaron a la poesía culta del siglo de oro, o se desprendieron de ella y, en ocasiones, consiguieron sobrevivir en formas populares posteriores, citando prolijamente en cada caso. El placer, así, se multiplica al seguir la edad de cada poema en la vida prestada de cada poeta que, abrevando de lo popular, se proclamaba culto, o de cada culto que, por serlo de veras, devenía popular.

Pero como todo trabajo bien hecho, el *Corpus* invita a diversas lecturas consiguiendo no sólo que no se estorben

unas a otras sino logrando que se establezca entre ellas una mutua necesidad: así, el lector aficionado, como yo, deviene, sin saberlo, erudito, mientras que el erudito, supongo, atizará su original afición. Doble logro que unos y otros, conciliados por la habilidad de Frenk, han de festejar sobre la lectura del *Corpus*, de su aparato erudito y hasta de sus riquísimos índices.

María Zambrano dice que "el arte parece ser el empeño por descifrar o perseguir la huella dejada por una forma perdida de existencia." La tiranía del tiempo escinde el tiempo en que vivimos de otros distintos y, quizá, mejores. Un libro como el *Corpus* no puede dejar de incitar en el lector la nostalgia de ese tiempo perdido pues, como agrega Zambrano, sólo la poesía "parece procurar su posible resurrección, dentro de este tiempo en decadencia."

La lírica popular hispánica (en castellano, gallego, catalán y portugués) que la doctora Frenk ha perseguido con impresionante dedicación (aquella que es peculiar de toda empresa amorosa) alcanza con naturalidad aligera esa resurrección para nosotros y en nosotros. Su lectura nos descubre más cercanos a ese tiempo de lo que sospechábamos y nos revela, una vez más, ese rostro que, alterado por el tiempo y trasapelado en las cansadas bibliotecas, se ajusta con inaudita libertad, de nuevo, sobre el nuestro, haciendo su barro más verdadero y único. De ahí que tengamos la obligación de nadar sus páginas nutridas y de agradecer a su autora el que haya hecho posible para nosotros tanto la responsabilidad de asumir nuevamente este rostro como el feliz instrumento para cumplirla.

## LAS MANCHAS DEL SOL (POESÍA 1956-1987)

DE JAIME GARCÍA TERRÉS

POR JOSÉ MARÍA ESPINASA

• Alianza Tres, Madrid, 1988, 309 pp.

CUANDO A PRINCIPIOS de este año se publicó *Ambo* (que, en una hermosa edición del Taller Martín Pescador, incluye los poemas "Hacer y acontecer" y "Hebdomada", de la última sección, "Parte de vida", de *Las manchas del sol*, la poesía reunida de Jaime García Terrés) su lectura sugería algunas reflexiones en torno a la obra de un autor que a lo largo de dos décadas ha desarrollado una tarea muy diversa sin perder la coherencia. Una obra, además, cuya importancia cualitativa es difícil señalar sin la perspectiva temporal. Desde ese enigmático y para mí muy inspirado título: *Ambo*, se hacía muy difícil precisar el sentido de esta poesía. Ese sentido estaba allí, se presentaba como evidente en los libros anteriores: y sin embargo, ¿cómo asirlo? Tiene algo de escurridizo y ciertas máscaras culturales provocaban

desconfianza. Ahora, ante *Las manchas del sol*, el crítico no tiene excusa, allí está el corpus poético en su evidencia primera, ya sin las connotaciones de un incierto "porvenir".

*Ambo* sugiere dos vertientes: la cualidad narrativa de esta poesía (que puede comprobarse en cada texto de toda la obra) y su filiación anómala con César Vallejo. Unos textos que se articulan, más que en la lengua, en la garganta y que, en su condición gutural, quiebran precisamente la condición narrativa anterior, buscan provocar la discontinuidad en busca de un género: el antiepitafio.

En un poema que lleva ese título, "Antiepitafio", especie de arte poética escéptica y desencarnada, se habla de "todo César Vallejo y todo Gorostiza..." Lo evidente de estas dos figuras tutelares no excusa lo necesario de la men-

ción; la poesía aspira a un decir distinto, y por tanto a un "pensar" distinto. Existe un mundo propio en el que los poemas hablan (entre ellos) un mismo idioma, y después —pero sólo después— se entienden con otros "decires". Por eso *Ambo* le habla al lector desde la ausencia (la de una "ese"), habla en otro lenguaje, habla en Vallejo, como a veces habla en Gorostiza. García Terrés admira esa radicalidad en que el lenguaje se quiebra, y las grietas en que se oye hablar aquello que hasta entonces permanece como innominado. García Terrés no puede ignorar las honduras en que se mete. Esas grietas se llenan de tiempo, y en ellas aparece la muerte. Pensar en verso es a la vez estar en el tiempo y fuera de él, y este autor, en la línea de los grandes poetas reflexivos mexicanos, de Sor Juana a Octavio Paz, asume su ser (otro)